

HISTORIA  incógnita

EXPLORACIONES SECRETAS EN ASIA

Exploradores, espías
y otros viajeros
de incógnito en
lugares prohibidos

Fernando Ballano

Exploraciones secretas en Asia

Exploraciones secretas en Asia

Fernando Ballano



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: *Exploraciones secretas en Asia*
Autor: © Fernando Ballano Gonzalo

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

© 2013 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-494-0
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-495-7
ISBN edición digital: 978-84-9967-496-4
Fecha de edición: Junio 2013

Maquetación: www.cuadratin.es

A Reme

Prólogo

Introducción

Breve historia de la cartografía

LA MECA, LA CIUDAD CON PENA DE MUERTE AL NO CREYENTE

Introducción

Ludovico de Varthema (1503)

Domingo Badía y Leblích (Alí Bey) (1807)

Johann Ludwig Burckhardt (1810)

George Augustus Wallin (1843)

Richard Francis Burton (1845)

John Fryer Keane (1877)

Christian Snouck Hurgronje (1884)

Gervais de Courtellemont (1893)

Arthur J. B. Wavell (1908)

Eldon Rutter (1925)

PENÍNSULA ARÁBIGA, ARENAS PROHIBIDAS A LOS EXTRANJEROS

Introducción

Pêro da Covilha (1487)

Pedro Páez y Antonio de Montserrat (1589)

Ulrich Jaspas Seetzen (1808)

James Silk Buckingham (1813)

William Gifford Palgrave (1862)

Carlo Guarmani (1864)

Joseph Halévy (1870)

Charles Doughty (1876)

Thomas Edward Lawrence (Lawrence de Arabia) (1910)

Wilfred Patrick Thesiger (1945)

ORIENTE PRÓXIMO, MEDIO Y ASIA CENTRAL, MUNDOS CERRADOS AL
EXTRAÑO

Introducción

Carsten Niebuhr (1762)

Théodore de Lascaris (1810)

Lady Hester Lucy Stanhope (1810)

Chokan Valikhanov (1858)

Arminius Vámbéry (1861)

Freya Madeleine Stark (1928)

TÍBET, LHASA Y AFGANISTÁN, VEDADOS A LOS EUROPEOS

Introducción

William Moorcroft (1812)

Evariste Huc y Joseph Gabet (1844)

Los *pundits* (1863)

George W. Hayward (1868)

William Watts McNair (1883)

Annie Royle Taylor (1892)

Sven Hedin (1900)

Alexandra David-Néel (1924)

Heinrich Harrer (1940)

CHINA, LOS EXTRANJEROS TRAEN OPIO Y SE LLEVAN NUESTROS SECRETOS

Introducción

Karl Charles Gützlaff (1831)

Robert Fortune (1843)

Walter Medhurst (1845)

John Scarth (1848)

Prólogo

«Solvitur ambulando», ‘Se resuelve andando’, citaba el escritor y viajero Bruce Chatwin en un polvoriento café de Atar, en el corazón de Mauritania. Repetía estas palabras en su diario, a la par que recordaba los trazos de la canción, la primera que entonaron los primeros hombres, nómadas, marcando su letra con sus pies sobre la piel de la tierra, describiendo los valles, las montañas, los lagos, los desiertos por los que pasaban, dejando constancia de sus pasos y rutas para sus descendientes, desde las planicies de Australia hasta las cordilleras de Asia, pues siempre fue así.

Como lo es en las páginas de este libro, donde se esconden también los «trazos de la canción» que aportaron un puñado de nómadas, unos más modernos que otros, unos más arriesgados que otros, aunque compartiendo todos ellos el increíble deseo de superar la siguiente duna, la siguiente estribación montañosa, el siguiente río para poder probar lo que decía Robert Louis Stevenson: «No pido otra cosa. El cielo sobre mí y el camino bajo mis pies». Ya fuera en Arabia, en las faldas del Atlas, en las interminables estepas del Asia central o los intrincados senderos de Afganistán, estos grandes exploradores de los que el lector podrá conocer su vida y andanzas buscaron diferenciarse de los demás con lo que mejor sabían hacer, viajar. «Viajar esperanzadamente es mejor que retornar», añadía el autor de *La isla del tesoro*, él mismo un vagabundo en «los mares del sur», en las Marquesas y en las tierras altas de Escocia.

Sus palabras las podría haber suscrito Richard Burton, uno de los «grandes» recogido en estas páginas, buscador de las Montañas de la Luna y las fuentes del Nilo, y blasfemo visitante de La Meca prohibida a los infieles. También Wilfred Thesiger, un beduino más, al que los *bedus* llamaban *Umbarak*, el ‘bendito’, que no quiso retornar y, tras robarle sus secretos al territorio vacío de la península de Arabia, eligió la apacible sabana de Kenia para soñar de nuevo sus interminables marchas en camello o a pie por el Hadramut, los pantanales de Irak o el Kurdistán.

Burton y Thesiger llevaban el camino y la aventura en la sangre, como Domingo Badía, más conocido como Alí Bey, espía y explorador, ignorado por una España que siempre receló de los audaces. Con su libro *Viajes por Marruecos* en mi mochila de cuero de cabra, crucé hace mucho mucho tiempo el Atlas, a la búsqueda de los oasis del sur magrebí y, entonces, me pregunté sobre la cualidad más importante para un viajero... la tenacidad, la capacidad de aprender sobre el terreno, la voluntad de poner un pie delante del otro para seguir adelante pese a todos los peligros y contrariedades, como hicieron el suizo Burckhardt tras la pista de la perdida Petra o el santo Charles Doughty, maltratado por los beduinos por no esconder su condición de cristiano, pero a la vez admirado por estos hombres del desierto. Muchos años después, en la ribera de un río perdido de las montañas del Altái, en el sur de Siberia, alguien me susurró la respuesta sobre la mejor cualidad de un viajero. Ya lo había dicho Victor Hugo, «viajar significa nacer y morir en cada instante». Para viajar, para desafiar al tiempo y la distancia, al peligro y al insuperable deseo de volver a casa, uno debe tener una infinita capacidad de renovarse, de ser una nueva persona en cada país, en cada aldea que visita.

Ese arte del disimulo, de la reinención personal la tenían, y muy elaborada, los exploradores secretos de Asia que llenan estas páginas. Aventureros y nómadas, sí, pero con propósitos muy especiales, desde Lawrence de Arabia, alma de la revuelta árabe contra los turcos en la Primera Guerra Mundial, hasta el malogrado George Hayward, peón en el Gran Juego de británicos y rusos por el dominio de Asia central y Afganistán, y asesinado en el Himalaya por los fieros montañeses. En esa «gran partida» tan bien descrita por Kipling en su maravilloso libro *Kim* jugaron otros viajeros cuyas

hazañas se narran en este libro: Moorcroft, McNair, el húngaro Arminius Vambery... De otros, como *Bokhara* Burnes, Frederick Burnaby, Younghusband, Connolly o Stoddart, leí sus nombres por primera vez en *The Great Game*, de Peter Hopkirk, y después los escuché repetir por historiadores y curadores de museos en Moscú y en el propio Uzbekistán, en la terrible fortaleza donde perecieron decapitados los dos últimos, Connolly y Stoddart, con mis pies sobre el pozo cegado donde el infame emir de Bujara los encerró durante meses, antes de asesinarlos.

De la pluma de Hopkirk conocí también las peripecias del mayor explorador de Asia de todos los tiempos, Sven Hedin, andarín de la Ruta de la Seda, vencedor del desierto más terrible del planeta, el Taklamakan, y descubridor de las civilizaciones perdidas de la hoy seca, sequísima, cuenca del Tarim. Con el libro *Foreign devils on the silk road*, de Hopkirk, en el regazo y a bordo de una destartada furgoneta repleta de chinos viajé en 1993 desde Turfán a Dunhuang, en el borde temeroso donde se rozan el Taklamakan y el Gobi. Ahora, en las páginas de este tomo que el lector tiene en sus manos, puedo recordar ese viaje y otros más librescos tras la figura del sueco Hedin, vilipendiado por sus devaneos, ya muy mayor, con el nazismo, pero brillante como pocos en el notable y difícil arte de la exploración.

A pesar de ese desprecio que muchos le depararon por no saber rechazar la vanagloria que le regalaban los nazis, el mayor dolor de Hedin no fue sentirse odiado, sino haber fracasado a la hora de alcanzar el mayor de los premios de los exploradores del alto Asia, la ciudad sagrada por encima de todas en ese continente: Lhasa, la capital del Tíbet. Sí la alcanzó, en cambio, una de las mujeres de las que habla también este libro, Alexandra David-Néel, ya en los anales de la historia de quienes mejor han conocido el Tíbet desde dentro. Decía Ralph Waldo Emerson que «ningún hombre debería viajar sin haber aprendido el idioma del país que va a visitar, pues de otro modo se convierte voluntariamente en un gran bebé, tan desasistido y ridículo». Alexandra aprendió sánscrito y tibetano, que hablaba con fluidez, y en su periplo por el Tíbet viajó disfrazada de mendiga, aunque después la consideraban una mujer santa. Visitó Lhasa en 1924 y quiso hacerlo de nuevo cuando ya contaba con cien años de edad. No pudo, pero el toque sacrosanto de aquella ciudad la

alcanzó y, cuando murió, sus cenizas fueron aventadas en el Ganges, el río bendito de Asia.

Escribo este prólogo en el barrio de Achumani, en el sur de La Paz, a la misma altitud que Lhasa. ¿Coincidencia? No creo en tales. Algún día seguiré los pasos de David-Néel y Hedin, y también de Heinrich Harrer, otro protagonista en este libro y autor del inolvidable y autobiográfico *Siete años en el Tíbet*. Entre tanto, soñaré con el otro techo del mundo... o quizá con los desiertos de Arabia, los inmensos ríos de China o los traicioneros desfiladeros del Asia central. Aconsejo lo mismo a los lectores. Tomen este libro e intenten convertirse en un nómada más. Hagan como el erudito Robert Burton, siempre en los labios de Chatwin, y crean que el viaje no es una maldición, sino el mejor de los remedios para la melancolía, para las depresiones que causa la vida sedentaria a la que nos abocan estos tiempos extraños.

Juan Antonio Sanz
La Paz, Bolivia, abril de 2013

Introducción

Las exploraciones a lugares desconocidos constituyen algo fascinante. A los que las realizaban se les considera unos héroes aunque fueran a lugares donde eran bien recibidos o llevaran fuerzas suficientes para defenderse o incluso para agredir. Una labor mucho más difícil y peligrosa fue la que realizaron los que recorrieron lugares expresamente prohibidos y para ello hubieron de adoptar personalidades y nacionalidades diferentes, disfrazándose convenientemente, pues si eran descubiertos, aquello les podía suponer la muerte.

En esta obra, que forma parte de una bilogía junto con *Exploraciones secretas en África*, pretendo rendir un homenaje a esos héroes, en muchos casos desconocidos para la mayoría de la gente. He incluido a todos los que realizaron algún viaje, recorrido o exploración disfrazados y adoptando una personalidad falsa. Sobre algunos de ellos hay poca documentación disponible –algo lógico, al tratarse de acciones encubiertas– pero al menos merecen que se les cite para dejar constancia de su aventura.

El ser humano siempre ha sentido una gran atracción por lo desconocido y por lo prohibido, en muchos casos inconsciente. A ese respecto es muy gráfico y claro lo que manifiesta Ludovico de Varthema, el primer cristiano en visitar La Meca disfrazado, en 1503: «Si alguno preguntara cuál fue la causa de hacer este viaje, ciertamente no podré darle mejor razón que el ardiente deseo de conocer, que a tantos otros movió a ver el mundo y los milagros de Dios que lo conforman».

Las distintas civilizaciones enseguida enviaron exploradores para que se enteraran de lo que había más allá de lo conocido. Casi todas las exploraciones solían tener un interés económico, político o religioso, aunque en muchas ocasiones sea muy difícil separar estos tres factores, pues se suelen utilizar para disimular las verdaderas intenciones o motivaciones. En otros casos, sobre todo en los que partían de una decisión individual, solía tratarse de lo que se denomina motivación de logro, el deseo de realizar algo importante o difícil, de superar un reto.

Con el desarrollo de las civilizaciones o imperios, y la competencia o pugna entre ellos, hubo regiones que estaban vedadas a los contrincantes o a todos los extraños. Esa misma prohibición acentuaba muchas veces el deseo de recorrerlas y conocerlas, porque sobre lo desconocido o prohibido se suelen crear muchas expectativas y mitos. Pero, para poder entrar, había que hacerse pasar por un nativo de esa zona o de otra región a cuyos habitantes les estuviera permitido entrar y recorrerla.

Lo que movía a los viajeros disfrazados cambiaba de uno a otro caso. Podía ser curiosidad o la atracción del reto, de lo difícil, unido a una personalidad muy especial, como en el caso de Burton, incluso patológica como en el de Lawrence. Unos eran civiles que exploraban por iniciativa propia o por encargo de gobiernos, otros eran militares que en ocasiones pedían la baja o una excedencia para no implicar a su país en esa misión. En ocasiones quizás se escondían de sí mismos.

Estos viajeros de incógnito solían ser personas obsesivas, persistentes, autocontroladas, desconfiadas, inquietas, con gran capacidad de adaptación e individualistas. A pesar de ello algunos sufrieron el estrés que suponía una simulación continuada, el temor a ser descubiertos, el no poder hablar libremente... Alguno hasta temía hablar en alto en su lengua materna mientras dormía o deliraba presa de las fiebres. Necesitaban ser muy inteligentes para aprender con rapidez, sobre todo otras lenguas y acentos. Hay un proverbio persa –trasmitido por Ella Sykes–, que dice «si estás en una habitación, sé del mismo color que la gente que hay en ella», para indicar la importancia de pasar desapercibido. Asimismo, los técnicos de camuflaje y mimetización saben que es fundamental no destacar del entorno, y no moverse mucho.

Desde la expansión del islam por buena parte de Asia muchos de sus territorios quedaron vedados a los no creyentes, que intentaron conquistarlos por la fuerza en la época de las cruzadas. Tras ellas pasó un período de tiempo sin contacto. Posteriormente, ya en tiempos del Imperio otomano, varios aventureros lograron penetrar, bien convirtiéndose al islam o simulando hacerlo. La Meca, ciudad santa y prohibida a los infieles, se convirtió en lugar mítico en el que entrar haciéndose pasar por creyente. En esta obra conoceremos las aventuras de diez hombres que lo lograron y referencias de otros que perecieron en el intento. Además de esta ciudad, toda la península arábiga también estaba prohibida a los extraños en determinados momentos. A pesar de ello, otra decena de viajeros lo intentaron.

Oriente Próximo y Asia Central también fueron lugares prohibidos y varios aventureros de ambos sexos los recorrieron bajo otra personalidad. Ellas se disfrazaban de hombres para tener más libertad de movimientos, o de esposas de alguien importante y respetable, algo que algunas han debido realizar incluso en tiempos cercanos.

Los británicos ocuparon fácilmente el subcontinente indio pero tuvieron grandes dificultades para adentrarse en el Tíbet y en Lhasa, la capital prohibida. También aquí encontraremos mujeres que lograron hacerse pasar por nativas y recorrer el techo del mundo. Lo mismo ocurría con Afganistán, pero contaron con varios aventureros que se las ingeniaron para lograrlo.

Por último, conoceremos las aventuras de varios europeos que lograron entrar y recorrer el hermético Imperio chino, con distintas motivaciones, pero todos con una cuidadosa preparación y puesta en escena.

Como en otros campos, parece que sólo existe lo que aparece en los medios de comunicación. El mayor desarrollo anglosajón en este campo ha hecho que en ocasiones únicamente conozcamos a los exploradores de esta procedencia, ignorando a los que no lo son. De hecho buena parte de mundo anglosajón, y fuera de él, considera a Richard F. Burton como el primero que entró disfrazado en La Meca cuando al menos hubo cuatro que lo lograron antes y de los que tenemos pruebas. En esta obra intentaremos dar a conocer a todos ellos, independientemente de su origen y trascendencia posterior.

Por otra parte hasta ahora nadie había agrupado a todos los que realizaron exploraciones o viajes secretos y de incógnito por Asia. Esta obra, que se complementa con otra dedicada a los que lo hicieron en África, viene a llenar este vacío y homenajear a los que llevaron a cabo estas aventuras que, en muchos casos, superan a la ficción.

Se trata de una obra de divulgación pero apoyada, en muchos casos, en los escritos originales de los viajeros, que se traducen por primera vez al español. Por otra parte, cada región y viajero comienza con una introducción histórica de la época en que se desarrolla la acción y se complementa con bibliografía para quien desee profundizar en ello.

Hubo viajeros que intentaron realizar sus desplazamientos y visitas a lugares prohibidos vestidos a la usanza occidental o diciendo claramente que eran cristianos. En parte lo hicieron porque consideraban moralmente negativo decir que no lo eran y en parte porque pensaban que, como no visitaban ningún lugar religioso, no iban a tener problema. El más claro representante fue Charles Montagu Doughty, quien en 1875 decidió visitar Madain Saleh, una ciudad de la península arábiga y de quien ya hablaremos. En Asia también ocurría lo mismo con Lhasa, la capital del Tíbet, ciudad prohibida junto con Tombuctú y La Meca y, por tanto, objetivo de bastantes exploradores y aventureros.

Otros, como los Blunt, viajaban vestidos de árabes pero siempre mantuvieron que eran ingleses. Eso sí, recorrieron zonas tranquilas, siempre protegidos por amigos árabes importantes y nunca intentaron penetrar en lugares prohibidos. A pesar de ello, sabiamente, consideraban conveniente «evitar atraer más atención de la necesaria», algo que sigue siendo válido hoy día para cualquier viajero o turista, aunque sólo sea para evitar que te sustraigan la cartera o te intenten engañar.

En muchas ocasiones escribieron pormenorizados diarios de sus viajes que permitían a los lectores soñar desde la butaca en los largos inviernos europeos. Fleming comenta al respecto: «Los exploradores, al igual que los novelistas, no perdían de vista el lucro potencial que comportaba una buena narración atractiva para el lector. En ocasiones exageraban sus experiencias a través de la invención de peligros inexistentes, el engrandecimiento de las peleas, la

falsificación de los datos o un relato completamente falso de cabo a rabo. Un ejemplo notable de este último recurso lo encontramos en Frederick Cook, que desapareció en el océano Ártico canadiense durante un año y luego, en 1909, anunció que había estado en el Polo Norte, con la convicción de que nadie demostraría la falsedad de su declaración». Está claro que algunos, tanto si viajaban disfrazados o no, exageraban sus relatos, por lo que intentaremos señalarlo cuando el relato sea dudoso. En algunos casos escribieron una crónica ambigua, en la que no explicitaban el verdadero objetivo de su viaje, que se conoció tiempo después al poder acceder a los archivos de los gobiernos que los enviaron y se pudieron encajar las piezas sueltas del rompecabezas. En otros podemos decir que son como los predecesores de los redactores de guías de viaje modernos por la minuciosidad de sus descripciones y los datos prácticos que aportan como precios, servicios que ofrece cada pueblo o ciudad, etc. Con frecuencia hubo una lucha interior entre la necesidad de guardar secreto de lo visitado y conocido y la tendencia humana a dejar constancia de lo realizado, de lo conseguido. Como alguien dijo: ¿De qué sirve una aventura si no se puede contar?

Hemos de distinguir a los espías o infiltrados que utilizaban su posición o contactos para conseguir información, y proporcionársela al enemigo –tema estudiado cuidadosamente por Juan Carlos Herrera en *Breve historia del espionaje*–, de los actores o impostores que asumían otra personalidad completamente distinta para poder recorrer lugares prohibidos, algo que comenzó hace muchos siglos, pues ya Sun Tzu en el libro *El arte de la guerra*, escrito entre el 500 y el 320 a. C., habla de un espía chino que realizó misiones en territorio enemigo disfrazado de lugareño.

También en oriente, alrededor del 350 d. C., los romanos enviaron a Mesopotamia varios *speculatores*, como se denominaba a los individuos que entraban en territorio enemigo, donde permanecían todo el tiempo posible haciéndose pasar por comerciantes o practicantes de otros oficios no sospechosos para poder informarse sobre las condiciones del ejército enemigo y del territorio. También les utilizaban para desinformar, por medio sobre todo de falsos desertores que difundían lo que les interesaba transmitir.

De hecho, en el tratado *Peri Strategias*, del año 81 a. C., se recomendaba a los espías entrar en territorio enemigo disfrazados de comerciantes e ir a los lugares de mercado donde se juntaba todo el mundo y se hablaba de todo. Por otra parte, era lógico y nada sospechoso que los comerciantes preguntaran cosas sobre las condiciones del país, los caminos, etc. En el siglo vi, el historiador Procopio de Cesarea, en su *Historia secreta*, afirma que algunos comerciantes espías llegaron a entrar en el mismo palacio persa.

En el libro *Exploratio: military and political intelligence in the Roman World*, Austin y Rankov distinguen entre inteligencia estratégica –el análisis de todo lo que ocurre antes de llegar al campo de batalla– e inteligencia táctica –el análisis de lo que ocurre cuando los dos bandos ya están el uno frente al otro–. Explican sus etapas: colección, colación, evaluación e interpretación, diseminación y definición. También nos cuentan cómo César quiso informarse en el 55 d. C. sobre las islas británicas previamente a su invasión pero no lo hizo adecuadamente y ello le supuso enfrentarse a muchos problemas cuando la llevó a cabo.

Billon, en 1636, en la obra *Les principes de l'art militaire*, ya indica que es conveniente que conozcan la lengua, que sepan «voir l'humeur des hommes», es decir, percibir el humor de las personas, su psicología. Añadía que el espía «debe tener muy buena memoria, discreción para no ser descubierto y capacidad de inventarse identidades». Federico el Grande decía sobre la importancia de la información: «Se puede perdonar ser derrotado, jamás ser sorprendido».

Los capítulos están organizados por zonas geográficas y, dentro de ellas, por orden cronológico. El orden de importancia es a veces algo muy relativo y el de aparición me pareció el más –por no decir el único– objetivo. A algunos les dedico poco espacio, bien porque su viaje fue algo concreto o breve, a veces una simple anécdota, bien porque no existe documentación accesible, pero merecen que se les conozca. Otros gozan de mucha extensión por la existencia de abundante documentación unida a la importancia o interés de su gesta, o por un merecido rescate del olvido. Hubo viajeros que exploraron en varias zonas, como es el caso de Domingo Badía, que recorrió Marruecos y después

entró en La Meca, por lo que le encontraremos en *Exploraciones secretas en África*, el otro volumen de que consta esta obra.

En el primer paréntesis junto al nombre ofrecemos sus fechas de nacimiento y fallecimiento; en el segundo, el año en que comienza su viaje de incógnito objeto de este estudio.

Como indico en el otro tomo de esta biología, dedicado a las exploraciones secretas en África, siento una gran admiración por los viajeros y exploradores. Les he emulado siempre que he podido. A los siete años me marché de mi pueblo para ir al lado a ver una corrida de toros y hacerme torero. La aventura terminó con una tormenta en medio de un bosque donde nos encontró un pastor que nos rescató. El castigo paterno no sirvió de mucho y, en cuanto tuve dieciocho años, me marché a trabajar a Suecia, en autostop desde Madrid. Hubo gente que me llamaba mentiroso cuando les contaba que había estado viviendo y trabajando en Suecia. Lo que era imposible para ellos lo suponían también para los demás; pero ahí están mis cotizaciones y declaraciones de impuestos para demostrarlo. Después dirigí mis pasos a África, donde he trabajado como cooperante, redactor de guías de viajes o como guía de grupos de turistas.

En el campo de la exploración propiamente dicha sólo me cabe el humilde honor de haber abierto una nueva ruta terrestre –más cómoda y barata– a unas ruinas en la isla tanzana de Pemba, en el archipiélago de Zanzíbar, el 1 de enero de 2001, contradiciendo a la guía de Lonely Planet, considerada como «la Biblia de las guías» –y que admiro profundamente–, la cual aseguraba que sólo se podía acceder por mar. Poco es, pero me llena de orgullo el haberlo intentado y conseguido.

He tratado de simplificar los nombres geográficos pero sin ocultar información relevante, tratando de lograr un equilibrio entre resumir información y aportar la importante para quienes están interesados en los datos. En ocasiones los nombres han variado con el tiempo y cambian con las lenguas, por lo que en muchas ocasiones se ofrecen en otros idiomas entre paréntesis. A veces, en lugar de nombres, o como complemento a ellos, se ofrecen las coordenadas de latitud o longitud para hacerse una idea aproximada del itinerario seguido. Determinadas palabras árabes han sufrido muchos

cambios y transformaciones. Así, la palabra «jeque», entendiéndolo por tal tanto un jefe o político local como un líder religioso o una persona que se respeta por sus conocimientos, se puede encontrar bajo muy distintas formas (jerife, xerife, cheick, sheyck, etc.), por lo que la unificaré como jeque, salvo cuando transcriba un texto, en cuyo caso respetaré la opción del autor original.

Bibliografía

AUSTIN, N.; RANKOV, N. *Exploratio: military and political intelligence in the Roman World*. Londres: Routledge, 1998.

HERRERA HERMOSILLA, Juan Carlos. *Breve historia del espionaje*. Madrid: Nowtilus, 2012.

LEE, A. D., *Information and frontiers*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.

Breve historia de la cartografía

La cartografía suele ser a la vez instrumento y fin de los exploradores, por lo que considero conveniente realizar una breve introducción a sus técnicas e historia.

Lo que se descubre hay que plasmarlo en un mapa para que lo puedan leer otros. Antes de que existieran la fotografía aérea, los satélites y Google Earth, había que recorrer los lugares y cartografiarlos, dibujarlos o medirlos de algún modo.

Buschnik comenta sobre los orígenes de la cartografía que:

[...] la geografía puede considerarse como una astronomía que del cielo hubiera descendido a la Tierra. Ya entre la casta sacerdotal de Babilonia, tres mil años antes de Jesucristo, solían cultivarse estas dos ramas del saber simultánea y unitariamente. La comprobación del Zodíaco, la vasta faja estelar por la que en el decurso aparente de un año va discurriendo el sol, cubriendo constelación tras constelación y ocultándose a nuestros ojos; la división del año en meses y semanas lunares; la determinación de la altura meridiana; la división de las líneas o círculos, incluso del máximo o ecuatorial; la del día en veinticuatro horas y la fijación de la noche son otras tantas proezas científicas de imposible realización de no haberlas precedido observaciones de una exactitud escrupulosa y fundamentales cálculos matemáticos impecables. La irradiación de estas ciencias desde Mesopotamia alcanzó con mayor intensidad a Egipto primero y luego a Grecia por conducto de los sabios de aquel país.

Entre ellos destacó Aristóteles, que fue el primero en medir la inclinación de la Tierra, lo que permitió después deducir su esfericidad. Hiparco estableció cálculos matemáticos para transformar la superficie esférica en un plano, lo que denominó proyección cartográfica.

Se dice que los egipcios bajaron por la costa del océano Índico hasta el actual Mozambique. Otros opinan que más bien, en el año 600 a. C., un faraón encargó a unos marinos fenicios que bajaran por la costa africana partiendo del mar Rojo (Suez) para ver qué había. Sin alejarse demasiado de tierra circunvalaron todo el continente africano y llegaron a Alejandría. Sobre este pueblo marinero también se afirma que Hanón y su flota de sesenta barcos, con cincuenta remeros cada uno, llegaron a la actual Sierra Leona.

Para los griegos, el centro del mundo era Delfos y los mapas así lo expresaban. Herodoto, en torno al año 450 a. C., escribió varios libros de historia y geografía. Había sido un gran viajero que recorrió zonas de Asia, África y Europa llegando al Danubio, al Dniéper, al Nilo, al Indo y al estrecho de Gibraltar, donde se decía que estaban las columnas de Hércules. Alejandro Magno llegó con su ejército hasta el río Indo entre el 334 y el 325 antes de Cristo.

En el año 330 a. C., Piteas, un marino griego, partió de Marsella, cruzó el estrecho de Gibraltar, vigilado por los fenicios, rodeó la península ibérica, costó Francia y llegó a Mont Saint Michelle, donde pensaba comprar bronce. Animado por su afán descubridor visitó las islas británicas, las Shetland, el norte de Gran Bretaña y costando Noruega llegó hasta más allá del círculo polar. Comerció con estaño de Cornualles y ámbar. Encontró icebergs flotando en el agua. Era un buen astrónomo. Estudió las mareas y su relación con la luna. Regresó, se enriqueció con el cobre transportado y escribió un libro contando su aventura. Muchos no le creyeron pero, posteriormente, se probó su veracidad. Todas las copias de su libro se perdieron, la última en el incendio de la biblioteca de Alejandría, y sólo se conoce su relato a través de las citas de los que le criticaron o alabaron, estos últimos los menos.

En el año 192 a. C. se cambió la concepción de la Tierra plana por curva, ya existía el concepto de escala y se utilizaban algunos instrumentos de medida y dibujo. En el siglo II d. C., Ptolomeo pensó en un mundo esférico –pero en reposo–, trazó meridianos y paralelos y publicó un método para determinar coordenadas con ellos.

Roma llevó agrimensores y geógrafos con sus ejércitos y creó una red de comunicaciones. Incluso se envió una expedición por el Nilo para buscar sus

fuentes, pero no se llegó a ellas. Los romanos compilaban *itineraria* o listas de lugares poblados con las distancias que los separaban para facilitar los viajes posteriores. Después del Imperio romano la geografía se degradó y pasó de la observación a las conjeturas. Así, según Buschnick, en el siglo VI d. C., el historiador Procopio describía así Gran Bretaña:

Britania está dividida en dos por una muralla [la de Augusto], que separa la mitad oriental de la occidental. En la mitad de nacimiento todo es normal, mientras que en el lado de poniente abundan tanto las víboras, las serpientes y los animales venenosos y el aire es tan pestilente que el hombre que traspone la muralla desde oriente cae muerto en el acto al otro lado. Pero es más, porque también las almas de los muertos van a parar al lado de poniente, en donde se presentan por las noches llamando a las puertas de los campesinos y pescadores, arrancándoles de su sueño para que las pasen en sus barcas.

Durante siglos no hubo avances hasta el descubrimiento de la brújula y la elaboración de los primeros portulanos: cartas náuticas donde se especificaban los puertos de cada costa y poca información más.

En la Edad Media se inventó el cuadrante para medir los ángulos con respecto al sol y a la estrella polar y la brújula –China en el siglo VIII–. Con ellas se podía determinar dónde estaba situado un punto, su latitud y longitud. Posteriormente se inventó el sextante, que permitía mayor exactitud para calcular la posición.

En el siglo IX los árabes contaban con unos servicios postales que tardaron en repetirse. Por la costa oriental de África bajaron hasta Mozambique. Aunque no se internaron en el interior del continente, en el siglo XI ya hablaban de las lagunas donde nacía el Nilo. También inventaron el álgebra. Necesitaban desarrollar la orientación para que la *qibla* en cada mezquita estuviera orientada hacia La Meca y los relojes de sol para el momento de las oraciones. Los viajes de Ibn Battuta, en el siglo XIV, se extendieron de España a China y del sur de Rusia al Níger.



Los portulanos eran cartas náuticas donde se especificaban los puertos de cada costa y alguna información más. Portulano de 1541 de Maggiolo.

En el siglo XIII, el papa en 1245, y Luis IX, rey de Francia, en 1252, enviaron embajadas al Gran Kan de los mongoles. También se exploró China. Marco Polo, a los diecisiete años de edad, y sus tíos Nicolo y Mateo salieron de Siria en 1271 y llegaron a China y Mongolia, donde Marco se quedó durante tres años al servicio del emperador y recorrió todo el imperio. Regresó por barco, recorriendo las actuales Java y Sumatra. Llegó a Ormuz, Azerbaiyán y el mar Negro. Allí, en Trebisonda (actual Trabzon), se embarcó en una nave con destino a Italia tras veinticuatro años de ausencia. En 1298 cayó prisionero de los genoveses y aprovechó para escribir sus memorias e informar sobre esos territorios.

Durante mucho tiempo nadie se atrevió a bajar por las costas africanas. Los castellanos llegaron a Canarias, pero no osaron continuar. Después fueron los portugueses los que descendieron hasta Cabo Bojador, en el actual Sahara. Allí el cabo formaba lenguas de arena que hacían embarrancar a los barcos que en aquella época navegaban costeano. Se consideró que no se podía continuar al sur hasta que se atrevieron a separarse de la costa. En 1447 los lusos llegaron a Sierra Leona, donde se dice que había llegado Hanón en el 400 a. C. La

exploración se hizo mediante contrata con el rey luso. Fernão Gomes tenía el monopolio comercial en Guinea a cambio de explorar hacia el sur cien leguas (557,2 km) cada año.

En 1481 el rey Juan II impulsó la exploración y plantaba *cruceiros* de vez en cuando en las costas. Se creó la escuela de Sagres para enseñar náutica. Los pilotos sabían cosmografía y para situarse utilizaban la llamada vara de Jacob y el astrolabio. En 1483 llegaron al río Congo. En 1488 Bartolomé Días dobló el cabo de las Tormentas o de Buena Esperanza. Vasco da Gama partió el 8 de julio de 1497 con cuatro barcos y marineros escogidos o castigados. El 8 de noviembre estaba cerca ya del cabo de las Tormentas. Necesitaron cuatro días para doblarlo, lográndolo el 20 de noviembre.

Tampoco se conocía el origen, ni buena parte del curso, ni la desembocadura del río Níger. Se barajaban las más variadas hipótesis y a veces se le confundía con el Nilo. Ibn Battuta había logrado recorrerlo en parte porque era musulmán. Durante los siglos XV y XVI los mapas eran considerados como secretos de gran valor y se custodiaban celosamente.

Tras el descubrimiento de América, Américo Vespucio fue un cartógrafo que dio nombre a América porque en un mapa que elaboró el editor llamó al nuevo continente «tierras de Américo».

Mercator, cuyo verdadero nombre era Gerard de Kremer, nació en Flandes en 1512. Estudió matemáticas, astronomía y geografía. Su primera aportación a la cartografía fue cambiar el tipo de letra de los mapas a uno más pequeño que no ocultaba los dibujos. En 1552 abrió un taller de cartografía e ideó una nueva forma de proyección de la esfericidad a un plano, que utilizó por primera vez en 1569. Ello facilitaba el establecer rumbos a los barcos. En el ecuador es muy exacta pero en los polos presenta deformaciones. Así, Groenlandia aparece con mayor superficie de la que tiene en realidad. En 1678 publicó un atlas o conjunto de mapas.



El astrolabio permite establecer la posición de las estrellas en la bóveda celeste, observar sus movimientos y poder determinar la hora conociendo la latitud, y viceversa.

La cartografía comenzó a desarrollarse para permitir las exploraciones y colonizaciones y en el siglo XVIII ya se logró calcular bien las longitudes de la Tierra. Todavía no se ha logrado unificar una unidad de medida y siguen existiendo dos sistemas, el anglosajón y el métrico decimal. En este último la unidad es el metro, que se definía como la diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano que pasando por París va desde el polo norte hasta la línea del ecuador –metro patrón–. También se definió como la distancia entre las dos marcas de una barra de platino iridiado a 0 °C que está en París. El otro sistema está basado en la yarda y la milla.

Para los mapas, un concepto fundamental es el de la escala en que está representada la realidad. Si un mapa de cien centímetros de ancho representa 12.000 kilómetros de anchura significa que está a la escala de 100:1.200. Un centímetro representa doce kilómetros de longitud.

Para orientarse se tenía en cuenta que la estrella polar no cambia de posición. También se observaba la dirección de los vientos dominantes. Después se comprobó que la magnetita tiene propiedades magnéticas que están concentradas en los extremos y que uno de ellos se orientaba hacia el norte.

Ello permitió la creación de las brújulas. Al principio eran barras de calamita sobre una madera que flotaba en agua y señalaba el norte. Los que las tenían intentaban esconder su secreto.

A los que hacen mapas también se les llama geodestas y han sido héroes anónimos. Tannenbaum cuenta que unos montañeros «anunciaron en los periódicos del país, al son de bombos y platillos, que habían alcanzado la cumbre más alta de aquel; el hecho alcanzó una gran resonancia, pero el equipo de escaladores se guardó mucho de decir que en lo más alto de la cumbre encontraron una placa de bronce del Servicio Geodésico Interamericano. ¡Los geodestas la habían alcanzado antes que ellos!».

La palabra geometría viene de geo –tierra– y metría –medir–. Permitted avances en la cartografía y medir lugares inaccesibles, pues si se conoce la longitud de un lado de un triángulo y los dos ángulos que se apoyan en él, se puede calcular la longitud de los otros dos lados sin recorrerlos. Para ello se mide la línea base. En los extremos A y B de esa línea un teodolito mide los ángulos hasta el vértice de ese triángulo. Con esos datos se puede conocer la longitud de los otros dos lados. Uno de esos lados ahora conocidos se puede convertir en base de otro triángulo sin necesidad de recorrerlo para medirlo y así sucesivamente. Es el método denominado triangulación, que permite medir lugares inaccesibles.

Primero trabaja el topógrafo. Este toma datos sobre el terreno y los entrega al cartógrafo, que los plasma en un mapa. En ellos hay que tener en cuenta la latitud –distancia que le separa del ecuador–, en la que hay que indicar si es norte o sur; y la longitud –distancia que le separa de Greenwich–, en la que hay que indicar si es oeste o este. El ecuador y Greenwich son los puntos de referencia, pues para medir algo en geografía hay que conocer el punto de partida.

Del mismo modo que una hoja se puede doblar sucesivas veces, un círculo se puede plegar también hasta dividirlo en trescientas sesenta partes o grados ($^{\circ}$), estos en 60, llamados minutos ($'$), y estos a su vez en 60, llamados segundos ($''$). La latitud se divide en paralelos y es «el ángulo formado por dos rectas imaginarias –una que partiendo del ojo del observador va hasta el límite del horizonte, y otra, la visual que va del ojo del observador a la estrella polar, era

igual a la latitud». Así, por ejemplo, decimos que Tarifa está a 36° N y Calais a 51° N. Los grados se miden con el sextante. Por medio de un juego de espejos se puede ver a la vez el horizonte y la estrella polar. Los libros y almanaques náuticos ofrecen tablas para fijar la latitud que toman como referencia el sol u otras estrellas que no sean la polar.

La longitud se mide a través de los meridianos. En 1884 se adoptó como base el meridiano de Greenwich. Es el cenit del sol a mediodía. «En una hora la tierra gira sobre sí misma un ángulo o arco igual a la veinticuatroava parte de un círculo completo; y puesto que este tiene o mide 360°, al cabo de una hora se hace mediodía en el meridiano que está situado a 15° más hacia el oeste que el anterior. Quince grados es el resultado de dividir 360° del círculo por las veinticuatro horas que tarda la Tierra en dar un giro sobre sí misma».

En el cenit, cada hora de diferencia respecto a Greenwich son 15°. Por ejemplo, si a mediodía el reloj marca la 1 *p. m.* GT (Greenwich Time) se está a 15° oeste. Si está retrasado 3h 30' con respecto a GT, estamos situados a 52°30' oeste ($3,30 \times 15^\circ = 52^\circ 30'$). Si está adelantado 8h 30', estaremos a 52°30' este.

En 1500 los relojes se adelantaban hasta dieciséis minutos al día, lo que es igual a 4° en el Ecuador, 276,5 millas o 445 kilómetros. En los siglos XV, XVI y XVII se navegaba «a la estima» de la distancia recorrida y el rumbo y se sabía cuantas millas suponía un grado.

En 1714 John Harrison construyó un cronómetro, un reloj exacto y ajustado al GT. Se le daba cuerda cada veinticuatro horas exactas aunque el muelle aguantaba cuarenta y ocho. Para evitar problemas se llevaban varios aparatos. Cuando las sombras de los objetos alcanzaban su mínima longitud era mediodía. Entonces se comprobaba la hora que marcaba el cronómetro y se calculaba la diferencia con las doce, que sería la hora en GT. Cada cuatro minutos de diferencia de tiempo corresponden a un grado de longitud con respecto a Greenwich.

A pesar de la proyección de Mercator, los marinos se encontraban con el problema de que sus cálculos, efectuados sobre la teoría de una Tierra totalmente esférica, no cuadraban; Newton ya lo había sugerido. Jorge Juan y Antonio de Ulloa eran guardiamarinas de la Armada española y muy buenos

matemáticos. En 1735 fueron elegidos, junto a geógrafos, astrónomos y matemáticos galos de gran renombre, para participar en una expedición francesa organizada por la Academia Francesa y financiada por Luis XV, para ir al ecuador a fin de comprobar la forma real de la Tierra (otro grupo fue enviado a Laponia). Se trataba de calcular cuánto estaba achatada la esfera en los polos. La denominada Misión Geodésica de la Real Audiencia de Quito debía medir un grado de longitud en el ecuador lo más exactamente posible. La expedición comenzó el 26 de mayo de 1735. Para la triangulación hubieron de cruzar pantanos, ríos, montañas y selvas. Estuvieron trabajando hasta 1739. Lo que midieron habían de multiplicarlo por trescientos sesenta para conocer la longitud total de la Tierra en el ecuador.

En 1830 se fundó la Royal Geographical Society en Londres, que tendrá un papel muy importante en la financiación de exploraciones geográficas. Por supuesto, al igual que las demás sociedades geográficas, no lo hacía por benevolencia sino para apoyar objetivos comerciales y políticos británicos. En 2009, esta institución organizó una exposición titulada *Hidden histories of exploration*, en la que, por fin, se rindió el merecido tributo a los guías locales de los exploradores británicos.

Si apasionante es la historia de los descubrimientos geográficos y de las exploraciones en general, más aún lo es la de los que realizaron exploraciones secretas, muchas veces sin ayuda, disfrazados, en peligro de ser descubiertos. Si compleja y dura es la labor de los topógrafos, más aún lo era la de los que la realizaban escondidos y simulando otras actividades, como tendremos ocasión de conocer en esta obra.

Bibliografía

BUSCHNIK, Richard. *El hombre a la conquista de la tierra. Tres mil años de historia de los descubrimientos humanos*. Barcelona: Luis de Caralt, 1960.

TANNENBAUM, Beulah. *Los mapas y cómo se interpretan*, Barcelona: Sopena, 1965.

**LA MECA, LA CIUDAD CON PENA DE
MUERTE AL NO CREYENTE**